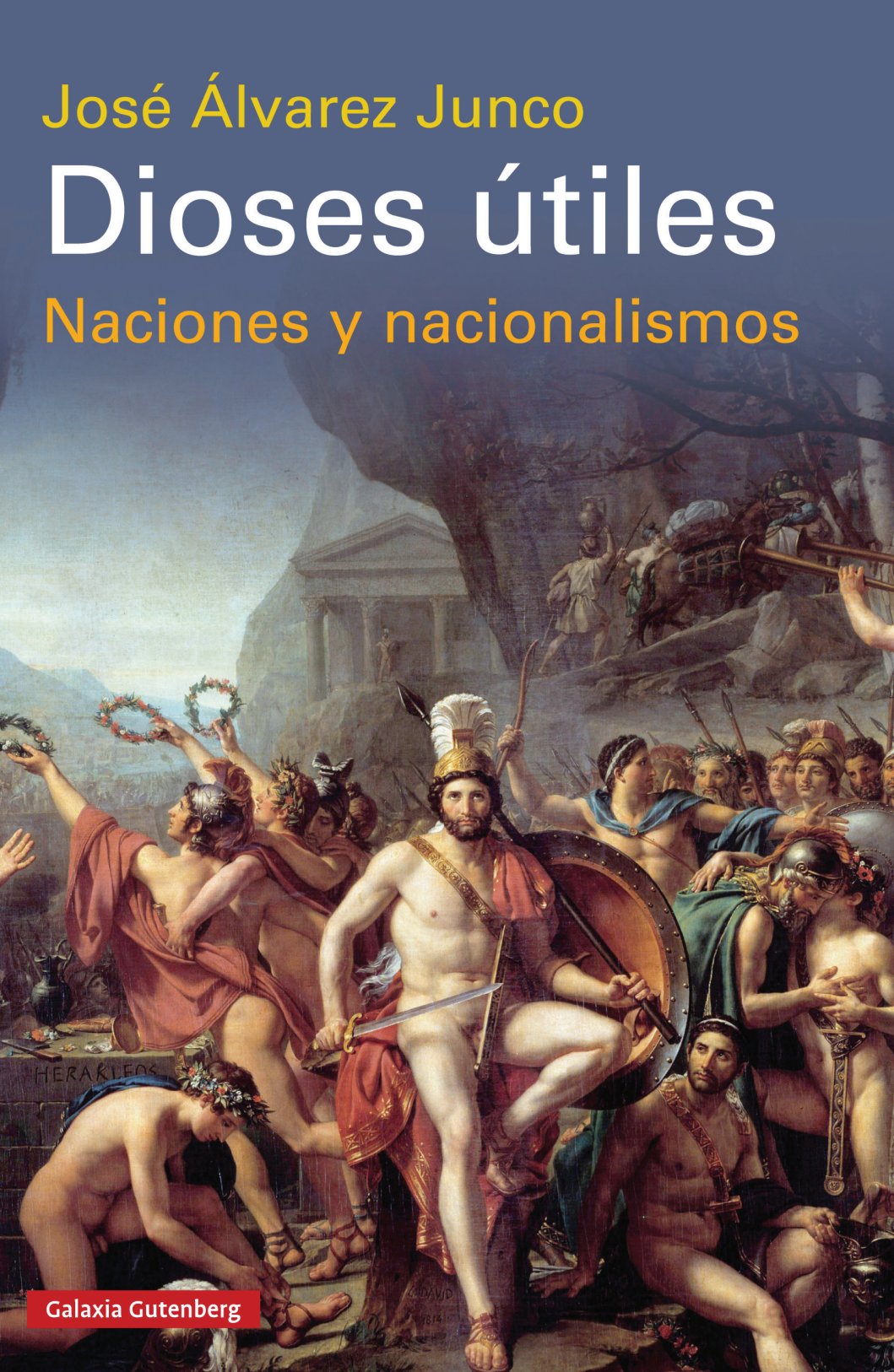
José Álvarez Junco

Dioses útiles

Naciones y nacionalismos



Galaxia Gutenberg

José Álvarez Junco

Dioses útiles

Naciones y nacionalismos

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril 2016

© José Álvarez Junco, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 4120-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-44-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Josete, Jaime, Nacho, Martín, Pablo y María.
Deseándoles un mundo algo más razonable

Las diversas religiones que existían en Roma eran todas consideradas por el pueblo como igualmente verdaderas, por el filósofo como igualmente falsas y por el político como igualmente útiles.

Edward Gibbon,
Historia de la decadencia y caída del Imperio romano, I, II.

El historiador sabe muchas veces que la 'tradición' es la historia falsificada y adulterada. Pero el político no solamente no lo sabe o no quiere saberlo, sino que se inventa una tradición y se queda tan ancho.

Julio Caro Baroja,
El laberinto vasco, San Sebastián,
Txertoa, 1984, p. 139.

Índice

Introducción xi

1. La revolución científica sobre los nacionalismos 1
Cómo cambia la manera de explicar un problema. 1
Debates sobre el nuevo paradigma 13
Fin de etapa. Qué creemos saber hoy sobre naciones y nacionalismos 22
Consecuencias para el historiador. 30
Sobre el uso de los términos 39

2. Casos de construcción nacional 53
Europa, madre de naciones. 53
Inglaterra, la primogénita de Dios. 55
Francia, la identidad soñada 63
Alemania, una identidad étnica temprana, un estado tardío. 71
Italia, otra identidad cultural temprana y construcción política tardía 80
Rusia, de tercera Roma a paraíso del proletariado 89
Del Imperio otomano a la nación turca. 96
Las excolonias británicas: los Estados Unidos de América 108
Excolonias ibéricas 119
Hacia un modelo general 129

3. El caso español 137
Hispania, un lugar muy antiguo 137
La monarquía imperial 144
Cádiz, el nacimiento de la nación 155
El difícil siglo xix 160

El brutal despertar del 98 y los regeneracionismos del primer tercio del siglo xx 171
El ambiente regeneracionista, 1900-1930 174
La República y la guerra civil 182
Franquismo 187
La democracia posfranquista 191
Conclusión 199

4. Identidades alternativas a la española en la península Ibérica 201
Portugal, la identidad compacta 201
Cataluña, nación sin estado 213
Los vascos, el triunfo de una leyenda 234
Galicia; fuerte primordialismo y débil nacionalismo 252
Andalucía, regionalismo sin nacionalismo 270

Notas 283

Introducción

Cuando Joan Tarrida y María Cifuentes me propusieron escribir para Galaxia Gutenberg un libro sobre nacionalismos, pensamos en poco más que una recopilación de textos míos ya publicados. Nos equivocamos. Los textos tenían poco que ver entre sí o, al revés, repetían las mismas ideas, y, al querer poner un orden lógico y evitar repeticiones, la tarea ha sido mucho más complicada de lo previsto y el resultado es un libro totalmente nuevo. Incluso aquellas partes, como la dedicada a España, en las que he podido usar algún material previo, éste ha sido reescrito por completo.

El libro ha quedado organizado, al final, en cuatro capítulos que creo coherentes: el primero expone las teorías actuales en torno a naciones y nacionalismos y propone unas definiciones iniciales de términos; el segundo es un recorrido por los casos de construcción nacional que me han parecido más relevantes, tanto en Europa, creadora del modelo, como en algunas excolonias europeas; el tercero describe el caso español; y el cuarto se dedica a las identidades alternativas a la española dentro de la península Ibérica, empezando por Portugal.

Que sea un libro nuevo no quiere decir que se trate de una obra de investigación, ni en esas páginas sobre España, donde repito ideas previamente expuestas, ni en las otras, donde entro en temas sobre los que no había publicado nada ni he trabajado ahora sobre fuentes directas, sino que me apoyo en datos y conclusiones de otros autores que me parecen de suficiente solvencia –proporcionando siempre, como es obligado, las referencias oportunas–. La idea no es ofrecer novedades sobre ninguno de los casos, sino insertarlos en una visión global, explicada en términos teóricos al comienzo del libro, para alcanzar una mejor comprensión del fenómeno. Al tener que recoger y resumir acontecimientos de tantos países y épocas, los especialistas encontrarán, me temo, muchas objeciones que oponer a cada una de las descripciones o historias particulares aquí incluidas. En un planteamiento

tan amplio, los fallos u omisiones sobre detalles concretos son inevitables, y agradeceré, desde luego, las observaciones críticas, que me permitirán rectificar en posibles reediciones lo que sea necesario. Pero lo grave sería que las ideas centrales alrededor de las que se articula el conjunto no se sostuvieran. Y eso espero que no ocurra.

Lo dicho implica que este libro no va dirigido primordialmente al público académico, pues no expone una investigación original, como digo, y los datos ofrecidos son conocidos por los estudiosos sobre el tema. La novedad quisiera creer que reside en el enfoque general del problema y en las conclusiones a las que puede conducir una visión comparada. Tampoco se trata, exactamente, de una obra de divulgación, por la cantidad de información sobre autores y países que he resumido en una extensión que desde el principio me propuse no fuera excesiva.

Este trabajo puede considerarse a caballo entre la Historia y la Ciencia Política. Es un ensayo histórico, sin duda, pero al querer enfocarlo de un modo lo más objetivo o aséptico posible e intentar precisar al máximo los conceptos y contenidos, lo he anclado en una exposición de las teorías y análisis de los términos propia de la Ciencia Política. Sé bien que tampoco esta disciplina es, pese a su nombre, una garantía de exactitud. Pero, como escribió Jon Juaristi en *Auto de Terminación*, ya que los historiadores y los científicos sociales no tenemos fuerza suficiente como para desactivar el potencial destructivo del nacionalismo, nuestro deber es, al menos, desacralizar a la nación, «obligándola a descender del cielo de los mitos» y sumergiéndola en la temporalidad. Eso es lo que pretendo.

Aunque no figure en el título, el objetivo último del libro es entender el caso español, que recibe, creo, nueva luz al explicarlo en términos comparados. Me gustaría, pues, dejar claras desde el principio las dos ideas esenciales que lo inspiran. La primera es que la identidad española, como cualquier otra, es una construcción histórica, producto de múltiples acontecimientos y factores, algunos estructurales pero en su mayoría contingentes. Es decir, que no hay nada atribuible a designios providenciales o misteriosos, ni tampoco a un espíritu colectivo que habite en los nativos del país desde hace milenios. Dicho de otra manera, no hay nada parecido a un «genio nacional» español. Y no hay tampoco ninguna excepcionalidad, anormalidad o "rareza". No estoy diciendo, entiéndanme bien, que el caso español sea igual a los demás en el sentido de que las cosas que han sucedido en este país se

hallen también en el pasado de cualquier otro. Todo lo contrario: ningún proceso de construcción nacional en el mundo es idéntico al español. En este sentido, sí, es excepcional o anormal. Pero es que todos los demás lo son también. Las naciones, los países, las sociedades, al igual que los individuos, son únicos (y guárdeme Dios, o el Diablo, de comparar las identidades colectivas con entes biológicos del tipo que sean; sólo es una metáfora). Todos somos únicos porque todos somos una combinación irrepetible de un infinito número de rasgos físicos y psicológicos. Pero, a la vez, estamos compuestos de los mismos ingredientes y somos explicables recurriendo a los mismos conceptos. En el caso de las naciones, el surgimiento y evolución de todas ellas se ancla en factores políticos, económicos o culturales que, en mayor o menor grado, se encuentran también en todas las demás.

En síntesis, y puestas las cosas en primera persona del plural, *no somos raros* (ni *anormales*, puesto que no existe *norma*). O, si lo prefieren, sí, lo somos, tan raros como los demás. Ni siquiera nos diferenciamos de los otros en nuestra convicción de ser más excepcionales que nadie, porque los otros también se aplican esa misma creencia a sí mismos. Ese es el error, casi cómico, del excepcionalismo: que no somos diferentes a los demás ni siquiera en el hecho de pensar que somos diferentes. Todos somos iguales, entre otras cosas, porque todos nos creemos diferentes.

La segunda idea que inspira este libro se deriva de la primera, pues se resume en que la distancia y la comparación son la actitud y el método más recomendables para comprender adecuadamente un problema político o histórico. Los historiadores y los científicos sociales no podemos utilizar la técnica experimental, método privilegiado de las ciencias duras. Si un historiador defiende, supongamos, que la causa principal de la Revolución francesa fue el aumento de los precios del pan, no puede probarlo repitiendo el proceso, pero suprimiendo ese factor, para constatar así que el resultado es diferente. A falta de experimentación, no nos queda más recurso explicativo sobre los hechos que estudiamos que la acumulación de datos, la lógica interpretativa y la comparación con otros con los que tengan suficiente similitud. Para entender el caso catalán actual, por ejemplo, es sin duda necesario leer todo lo posible sobre el tema y observarlo sobre el terreno para reunir el máximo número de datos de primera mano. Pero, a la hora de razonar y sacar conclusiones, sería muy recomendable tener en la mente a Quebec, Bélgica, Portugal o Escocia, como también lo sería intentar

explicárselo a algún entendido en temas nacionales pero desconocedor del caso catalán, lo que obligaría a establecer paralelismos y utilizar conceptos generalizables, en lugar de resolverlo con un «es que tendrías que ir allí, tendrías que sentir la emoción…»

Evitar la emoción es justamente lo que intento hacer aquí: racionalizar un problema que es presa habitual de la emocionalidad; someter los sentimientos a la razón, en lugar de, como tantas veces ocurre, poner la razón al servicio de los sentimientos. Estoy seguro de que llegarán otros que lo harán mucho mejor que yo, pero espero y deseo firmemente que partan también de esta actitud. Creo, por otra parte, que en esto soy coherente con mi anterior trayectoria profesional, pues lo que quise hacer en mi tesis doctoral, hace ya cuarenta años, fue entender la mentalidad y el mundo cultural de los anarquistas españoles, hacia los que sentía curiosidad y hasta alguna afinidad, pero de ningún modo era militante de su causa ni estaba dispuesto a ocultar o distorsionar datos para defenderles. Algo no muy diferente me propuse más tarde con Alejandro Lerroux, personaje con el que jamás me he identificado, pero sobre el que me intrigaba entender las razones de su popularidad y atractivo sobre tanta gente. Y lo intenté de nuevo, ya en este terreno de los nacionalismos, con *Mater Dolorosa*, libro que escribí en una etapa en que trabajaba fuera de España y me tocaba enseñar la historia española a personas bien formadas pero que sabían poco de este rincón del mundo, lo que me obligaba a utilizar conceptos y recurrir a comparaciones con sucesos o países conocidos por ellos.

En el análisis de los distintos casos nacionales, he procurado rechazar todas las explicaciones que tengan que ver con esencias, mentalidades, caracteres colectivos o «formas de ser» de los pueblos. Me niego a introducir este factor, entre otras razones porque es una explicación circular, perfectamente inútil: los españoles, por ejemplo, vivieron repetidas guerras civiles en los siglos XIX y XX, y entre las razones que el resto del mundo daba para explicarlo se incluía siempre una referencia al carácter nacional: «es que los españoles son así, violentos». ¿En qué datos se apoyaba tal afirmación? En el hecho de que había habido muchas guerras civiles. ¿Y a qué se atribuía la existencia de tantas guerras civiles? Al violento carácter nacional. Lógica circular, que se autoinvalida. Un buen día, además, allá por 1975, murió el general Franco y, contra lo que auguraban los creyentes en las idiosincrasias colectivas, no estalló una nueva guerra civil en España. Los amantes de los estereotipos tuvieron que cambiar el que tenían sobre este país, aunque

no sé de ninguno que se pusiera a pensar cómo y por qué puede un pueblo alterar algo tan profundo como su «manera de ser». Es decir, que aquel aspecto del carácter nacional, la violencia congénita, que nunca sirvió para explicar nada, y desde luego no la Transición, fue arrojado a la basura sin reflexionar ni entonar ningún *mea culpa*.

He procurado asimismo no dejarme llevar por simpatías o antipatías personales hacia cada uno de los casos o países. Tal cosa no cabría en una obra que quiere ser «científica» u «objetiva», por mucha prevención que uno sienta hacia estos adjetivos en problemas históricos o políticos. En estos análisis no sólo es importante la comparación sino también la distancia. Cuando se trata de explicar, por ejemplo, el nazismo alemán, de ningún modo podemos dejar que nos guíe nuestra repulsa visceral hacia el fenómeno, aunque podamos y debamos hacer explícita nuestra condena moral. Igual que un canadiense –otro ejemplo– que quiera escribir sobre el independentismo *québécois* no debe dejarse llevar por sus sentimientos de atracción o aversión hacia el tema, aunque pueda constatar que tales sentimientos existen entre sus conciudadanos. El historiador o científico político debe evitar toda implicación emocional en el tema que estudia.

De ahí mi recelo, también, hacia el uso de la primera persona del plural, o del posesivo «nuestro». Acabo de decir que los españoles «vivieron» repetidas guerras civiles. No he escrito «vivimos» no sólo porque yo no había nacido, sino también, y sobre todo, porque desconfío de las proyecciones retrospectivas, que son contrarias a esa distancia que un científico debe tomar ante su tema de trabajo y dan lugar, además, a todo tipo de arbitrariedades. Tampoco diré que los españoles «hicimos» mal al expulsar a los judíos o al conquistar América o que «nuestra» decadencia del siglo XVII se debió a… Ni yo ni ninguno de mis posibles lectores vivimos aquellos procesos; ni participamos en la expulsión de los judíos ni sufrimos la decadencia bajo los Austrias menores. Me basta con analizar las razones de aquella decadencia –y calificarlas, desde luego, de errores políticos– y con condenar, como historiador y como ciudadano, aquella expulsión, que se opone radicalmente a los principios morales y políticos que hoy rigen las democracias y con los que me identifico. Pero desconfío de la «memoria histórica» y de las exigencias de reparaciones por injusticias de un pasado lejano. Quién sabe de dónde vengo yo y de dónde viene quien me exige que le pida perdón. No es imposible que mis antepasados remotos fueran judíos, perseguidos y obligados a ocultar sus ante-

cedentes durante generaciones, hasta el punto de que sus descendientes hemos perdido todo rastro de aquel pasado, y sería especialmente hiriente que además tuviéramos ahora que disculparnos. O que el criollo latinoamericano que me reclama desafiante una disculpa por la conquista y el sometimiento de su pueblo lleve en sus venas sangre de los conquistadores, mientras que mis tatarabuelos jamás llegaron a cruzar el charco.

Haré otra confesión personal, que me parece necesaria en este caso. Aunque sé bien que jamás se equivoca tanto el ser humano como cuando opina sobre sí mismo, tengo la firme creencia de no ser nacionalista, en ninguno de los sentidos de este término. Mi única lealtad, cuando escribo, es hacia el conocimiento riguroso, y si la nación se opone a la ciencia, me alineo desde luego con la ciencia y no con la nación; es decir, que si una verdad histórica es antipatriótica, lo lamento, pero no la oculto. No soy tribal, no amo sólo lo que veo y tengo cercano ni soy amigo únicamente de mis compañeros de mesa. Quiero no odiar, temer ni desconfiar del otro, del diferente a mí, porque estos sentimientos son la base de las xenofobias y los fascismos. Me gusta salir, viajar e intento vivir –con poco éxito, por supuesto– ese amplísimo mundo ajeno del que apenas he podido hacer algo más que atisbar, por la rendija de la puerta, su infinita y fascinante variedad de idiomas, climas y colores.

Naturalmente, esto es algo que no creerá ningún nacionalista, cualquiera que sea su filiación, porque es incapaz de imaginar a alguien sin lealtades nacionales. Un españolista, por ejemplo, mirará con recelo mis esfuerzos por entender el catalanismo de manera compleja, en lugar de condenarlo sin más, y puede incluso que averigüe que nací en el valle de Arán y encuentre ahí el por qué de mis poco fiables opiniones. Un independentista catalán, por el contrario, me dirá que detrás de mis enfoques percibe que soy vecino de Madrid. Pero créanme, me gustaría imaginar un futuro posnacional. Ver disolverse a la España en la que nací en una Unión Ibérica o en una Federación Europea no me haría derramar ninguna lágrima, sino todo lo contrario.

Puestos a aclarar posiciones, diré también que, en la polémica entre modernistas y primordialistas, me alineo con los primeros, pero con matices. Repudio el esencialismo o el primordialismo si ello consiste en creer que todos los humanos han nacido y vivido siempre insertos en naciones, entes naturales poseedores de unos rasgos que se hunden en la noche de los tiempos. Francamente, incluso me resulta difícil pensar que alguien que haya reflexionado seriamente sobre el tema

siga creyendo tal cosa. Las naciones son construcciones históricas, de naturaleza contingente; y son sistemas de creencias y de adhesión emocional que surten efectos políticos de los que se benefician ciertas élites locales. Esto, me parece, lo comparte hoy la mayoría de los científicos sociales y ésa es mi posición, que llamaría historicista o constructivista. Pero no me considero un «modernista» estricto, si tal término significa creer que la vinculación emocional de los individuos con las naciones es un fenómeno exclusivo de los dos últimos siglos. Antes, mucho antes, existieron «naciones», como intento explicar en el primer capítulo. Pero no eran identidades colectivas a las que se atribuía soberanía sobre un territorio. Esto último, y sólo esto último, es la clave del nacionalismo moderno. E incluso este nacionalismo se ha alimentado de tradiciones e identidades culturales procedentes de épocas anteriores.

Por otra parte, que la creación de naciones beneficie a ciertas élites (nacionalistas) tampoco me lleva a pensar, pese al título de este libro, en términos de *cui prodest* y caer en una visión instrumentalista, cuasi conspiratoria, de este tipo de fenómenos. También las religiones benefician a un segmento social (el clero) y no por eso creo que sean producto de la acción de una secta malévola que haya planeado desde el principio cómo seducir a un público incauto. Religiones y naciones son fenómenos mucho más complejos, surgidos originariamente alrededor de profetas iluminados y generosos, capaces de satisfacer necesidades de sus seguidores muy dignas de respeto.

Agradezco, pues, a quienes me incitaron a hacer este esfuerzo, que me ha obligado a poner en orden ideas que llevaba tiempo exponiendo de manera dispersa. Creo que será la última vez que escriba sobre estos temas, que han absorbido ya, a estas alturas, unos veinticinco años de mi vida. Hay que pasar a otra cosa. Quisiera creer que ha valido la pena y que lo que haya podido aportar ha sido de alguna utilidad.

Agradezco también, para terminar, a los amigos que han tenido la paciencia y amabilidad de leer todas o algunas de estas páginas y me han hecho observaciones y sugerencias siempre muy útiles: Fernando Alfayate, Edward Baker, Jesús Ceberio, Josep María Fradera, Javier Moreno Luzón, Fernando del Rey, Nigel Townson, Ramón Villares y la impagable María Cifuentes, que ha velado por aclarar el texto y rectificar incorrecciones. Gracias a todos. No es culpa de ellos el resultado.

1

La revolución científica sobre los nacionalismos

CÓMO CAMBIA LA MANERA DE EXPLICAR UN PROBLEMA

Pocos temas históricos o políticos habrán experimentado una revolución en su tratamiento académico comparable a la sufrida por el nacionalismo en las últimas décadas. Hasta mediados del siglo pasado, la visión consagrada partía de la base de que el nacionalismo era una idea o doctrina política, comparable al liberalismo o al marxismo, y que el sentimiento de pertenencia a una colectividad nacional era un fenómeno natural, que había existido a lo largo de todo el pasado humano conocido. Las naciones eran «tan viejas como la historia», había escrito en el siglo XIX el ensayista británico Walter Bagehot; es decir, la humanidad se hallaba y se había hallado siempre dividida en pueblos o naciones, equivalentes a grupos raciales, lingüísticos o culturales reconocibles por rasgos externos patentes. A partir de ahí –seguía la teoría– nacían espontáneamente sentimientos de solidaridad interna, diferenciación externa y, con el moderno despertar de la conciencia de derechos políticos, exigencias de un mayor o menor grado de autogobierno. Lo único peculiar de la modernidad habría sido el surgimiento de la conciencia nacional, de la ideología nacionalista y de los derechos políticos derivados de la pertenencia a la nación.

La nación era, pues, lo «natural», el paisaje previo, sobre el que se edificaba el Estado, lo artificial, la construcción humana. Incluso se llegó a creer –por el presidente Woodrow Wilson, por ejemplo, cuando viajó a París como gran reparador de los entuertos europeos al terminar la Gran Guerra –que la falta de ajuste entre éste y aquella era la principal causa de los problemas europeos de los últimos siglos. Lo cual conducía inevitablemente a la propuesta de adecuar las fronteras de los estados a las «realidades» étnicas, como forma de evitar conflictos en el futuro. Este fue el planteamiento que llevó a la formulación del principio jurídico-político de la autodeterminación de los pueblos,

uno más en la lista de los derechos «humanos» –adjetivo muy expresivo de la asimilación de las naciones a unidades orgánicas– defendidos por liberales y progresistas del mundo entero en el último siglo, hasta llegar a ser incluido en la Carta de las Naciones Unidas y en varios otros pactos internacionales.

La sencillez y fuerza lógica de la fórmula, y su intento de universalización, sobre todo a partir de la paz de 1919 –basada en los Catorce Puntos wilsonianos–, llevaron a lo largo del siglo xx a infinitos y con frecuencia trágicos problemas derivados del imposible ajuste de la compleja y abigarrada red de culturas humanas a compartimentos políticos sencillos y nítidos. Esta imposibilidad práctica y las nuevas tensiones que acabaron conduciendo a los fascismos y los horrores de la Segunda Guerra Mundial, en buena parte debidos a una aplicación extrema de los principios nacionalistas, obligaron a replantearse muchos de los presupuestos de los que partía la visión clásica del problema.

Un primer pensador relevante en este campo, activo entre las décadas de 1930 y 1960, fue el filósofo e historiador Hans Kohn, judío norteamericano nacido en Praga, excombatiente de la Gran Guerra y prisionero en Rusia durante varios años.[1] Kohn remontaba los orígenes del sentimiento nacional hasta los hebreos bíblicos –por la conciencia de «Pueblo Elegido»– y la Grecia clásica –por su autopercepción como «ciudadanos libres», frente a los «bárbaros»–. Pero ligaba el sentido moderno del término a la idea de la soberanía nacional y, por tanto, para él no había existido antes de las revoluciones liberales. Dentro de ese mundo moderno, lo que le interesaba eran los orígenes intelectuales de la teoría de la soberanía popular (que remontaba a Jean-Jacques Rousseau) y del concepto mismo de nación (Johann Gottfried Herder), así como las elaboraciones de artistas o ideólogos que habían idealizado los rasgos culturales y diseñado las exigencias políticas de cada grupo nacional concreto. Especialmente fecundas eran algunas de las propuestas de Kohn, como la distinción entre un nacionalismo de tipo *étnico*, basado en rasgos culturales (y propio del este de Europa), y otro *cívico*, que partía de la vinculación con un Estado y los derechos políticos derivados de la misma (típico de la Europa occidental tras la Revolución francesa).[2]

Otro de los intelectuales que dominaron los estudios sobre estos temas al mediar el siglo xx fue Carlton Hayes, politólogo norteamericano que, probablemente por su catolicismo, fue enviado por Roosevelt como embajador a la España de Franco durante la Segunda Guerra

Mundial. Hayes llamó especialmente la atención sobre los contenidos religiosos del nacionalismo, un fenómeno moderno caracterizado, para él, por exigir una lealtad absoluta a la nación, elevada a la categoría de entidad suprema.[3] En apoyo de su tesis, analizó la retórica nacionalista en torno a las glorias patrias, el sacrificio y el martirio de sus defensores, los altares de la patria, sus ritos y ceremonias, las festividades, las banderas, el «bautismo» de fuego de los combatientes, el sacerdocio de los intelectuales… La política era un mundo dominado por la emoción y la imaginación, explicaba Hayes, más que por la racionalidad. Ante el fuerte proceso de secularización sufrido por las sociedades europeas –porque la nación era una idea de origen europeo, aunque exportada más tarde a otras regiones del mundo–, las élites intelectuales podían sustituir la religión por el cosmopolitismo, pero la gente común seguía necesitada de adherirse a alguna causa cercana y, a la vez, de gran fuerza ética. Y esa causa, destinada a ocupar lugares antes reservados a lo sagrado, había sido la nación, capaz tanto de proporcionar creencias y rituales como de insertar la efímera vida individual en un ente colectivo de carácter trascendente.

En los años cincuenta, Karl Deutsch ofreció un curioso intento de abordar el problema desde la perspectiva de la sociología funcionalista en un ambicioso ensayo en el que pretendía nada menos que cuantificar la evolución de los sentimientos nacionales.[4] Para ello relacionaba su surgimiento con los nuevos procesos de comunicación social desarrollados a partir de la modernización, esto es, con la ruptura de los lazos de lealtad a las comunidades tradicionales (linaje, gremio, estamento, comarca). Partiendo de la base de que los medios de comunicación no sólo trasmiten información sino toda una visión del mundo, lo cual genera un sentimiento de comunidad, Deutsch definía la nación como un grupo humano de «hábitos comunicativos complementarios». En resumen, su tesis principal era que el nacionalismo se exacerbaba cuando un grupo humano con una intensa red de comunicaciones internas pero escasa relación con el mundo exterior se veía lanzado a un contacto económico o militar repentino con otro u otros grupos, lo que le hacía tomar conciencia de sus rasgos culturales distintivos. Pero no sólo las redes comunicativas contaban para él, sino los procesos de industrialización y urbanización, el aumento de la alfabetización y la división del trabajo. A partir de todo ello, y cruzando datos sobre población, mercados, distribución de la riqueza, oleadas migratorias y audiencias de los medios de masas, ofrecía un modelo que pretendía

medir y predecir el desarrollo de los sentimientos nacionales. Fue una visión quizás demasiado pretenciosa y simplificadora, que apenas originó una escuela, pero interesante por su visión del nacionalismo como fenómeno estrictamente moderno, subproducto de la modernización.

También lo vio como fenómeno moderno –«invención» moderna, diría él, un matiz llamado a tener éxito– Elie Kedourie, historiador y politólogo que publicó en 1961 su breve y deslumbrante libro *Nationalism*.[5] Este autor partió de la tópica introducción académica sobre la dificultad de determinar los ingredientes esenciales que componían las identidades nacionales: raza, lengua, religión y pasado histórico. Todos y cada uno de estos conceptos son discutibles: ¿qué es una «lengua» y en qué se diferencia de un dialecto o forma peculiar de hablar dentro de una familia de lenguas? ¿qué es una raza? ¿hay algo más discutible y manipulable que el «pasado histórico común»? La inevitable conclusión a la que llegaba este autor era que ningún «factor objetivo» era universalizable ni suficiente por sí mismo para fundamentar el hecho nacional. Nada nuevo, hasta ahí; muchos teóricos, a partir de Ernest Renan en su célebre conferencia de 1882, habían llegado hasta ese punto, sin dejar por ello de considerar a las «naciones» entes naturales. Salían, en general, del apuro añadiendo un componente irracional o misterioso, una referencia a lo que los románticos habían llamado el «espíritu del pueblo», que Renan democratizó como «plebiscito cotidiano» y José Ortega y Gasset, más sofisticado, reformuló como «proyecto sugestivo de vida en común». En definitiva, eran naciones aquellos grupos humanos cuyos miembros expresaban la voluntad de ser una nación; una interpretación democrática de la identidad cuyos elementos irracionales habrían de ser incrementados por los fascistas –menos dados a tomar en cuenta la voluntad de la gente–, al convertirla en un «destino» providencial.

Pero la implacable lógica de Kedourie no se conformaba con recurrir al factor subjetivo invocado por Renan. El plebiscito cotidiano –explicaba– era, para empezar, una base excesivamente volátil para cimentar unidades políticas estables. Era, además, una mera ficción, pues en la práctica ningún Estado acepta que su autoridad se vea cuestionada diariamente por sus ciudadanos. Por el contrario, los estados se cuidan muy mucho de asegurarse la adhesión de la población, o el resultado de ese informal plebiscito diario que era la base de su legitimidad, por medio de una constante tarea de *educación* de la voluntad de la colectividad, es decir, imprimiendo en los ciudadanos desde la

más tierna infancia la identidad nacional y, con ella, el deseo de ser miembros de la entidad política que la representaba. De esta manera, Kedourie contradecía las bases mismas de la reivindicación nacionalista. Si el sentimiento fuera natural, no tendría por qué ser inculcado; y si el encargado de inculcarlo era el Estado, no eran las naciones las que precedían a los estados, sino a la inversa. Los estados, como escribiría Immanuel Wallerstein unos años más tarde, no sólo eran previos a las naciones, sino imprescindibles para el surgimiento de éstas.[6] Lo político, en resumen, precedía a lo étnico.

A este vuelco del planteamiento en el mundo de la historia política y de las ideas se añadieron los pasos que se venían dando en el terreno de la sociología. Anthony Smith, que publicó en 1971 el primero de sus varios libros sobre el tema,[7] insertó también el fenómeno nacional en el proceso de modernización. Según este autor, se trataría de una respuesta de las élites culturales ante la contradicción, por una parte, entre las identidades y la cosmovisión religiosa tradicionales y, por otra, el Estado «científico» o moderno, al que Smith definía como organización política que administra los asuntos públicos de forma racional y calculada con el fin de elevar el nivel de vida del conjunto social, para lo cual centraliza y homogeneiza culturalmente. En esta situación de *impasse* o «legitimación dual», la *intelligentsia* reformista ofrecía, con el nacionalismo, una mezcla de eficacia modernizadora y reafirmación en la identidad tradicional. Introducía así Smith el papel de los intelectuales como agentes propulsores del nacionalismo, idea que habría de tener mucho desarrollo más tarde.

Los grandes cambios llegaron en los años setenta con Ernest Gellner, un antropólogo social centroeuropeo afincado en Inglaterra. El nacionalismo era, para él, un producto directo de la industrialización y la modernización, idea que produjo gran impacto debido a su monocausalidad, su rigor lógico y su relativa sencillez.[8] Gellner describía las sociedades tradicionales como compuestas de pequeñas comunidades rurales, dominadas por filiaciones familiares y aisladas del mundo exterior por la falta de comunicaciones y por la existencia de múltiples dialectos locales. Pero la estandarización de la producción industrial y el intenso intercambio mercantil aportados por la modernidad requirieron amplios espacios culturalmente homogéneos, a la vez que las nuevas relaciones de mercado crearon una nueva estratificación social y una nueva organización política, «no naturales», es decir, carentes de legitimidad tradicional. Ante todo ello, los estados y las élites dirigentes encontraron

en el nacionalismo el instrumento que facilitaba el crecimiento económico, la integración social y la legitimación de la estructura de poder. Y se convirtieron en promotores entusiastas de estas identidades, favoreciendo la difusión de la conciencia nacional por medio, sobre todo, de la educación pública; a lo cual las élites de las culturas no dominantes, distintas a la elegida por el Estado como cultura oficial, respondieron protestando por su situación de desventaja e iniciando, en los casos extremos, la pugna por poseer un Estado propio. La hipótesis de Gellner era, por tanto, casi exactamente opuesta a la de Karl Marx. Si para este último el mundo industrial capitalista sustituiría los sentimientos nacionales por enfrentamientos basados en intereses de clase, para Gellner la sociedad moderna se había organizado alrededor de la cultura nacional, base a la vez del crecimiento económico, de la autoridad del Estado y de los derechos políticos de los ciudadanos. Por consiguiente, el nacionalismo no era sólo una «invención», como había dicho Kedourie, sino una invención interesada, funcional, consecuencia de –y respuesta a– un cambio estructural en el papel de la cultura.

Desde Inglaterra también, a comienzos de los ochenta, Benedict Anderson volvió a relacionar nacionalismo y procesos de comunicación e interacción social, aunque proyectándolo hacia una etapa histórica anterior.[9] Como antropólogo que era, Anderson comenzaba por rechazar que el nacionalismo fuese una ideología, como el liberalismo, el conservadurismo o el socialismo; se trataba más bien de un sistema o «artefacto» cultural, como la religión o la familia, (un «estado de ánimo», había escrito Kohn; un «constructo», diría quizás un psicólogo) que se basa en la predisposición a sacrificarse, hasta llegar a dar la vida, por la comunidad. De ahí su relación con las religiones, pues tiene que ver con la muerte, la inmortalidad y la permanencia, como había explicado Hayes. Las doctrinas no tienen que ver con la inmortalidad, decía Anderson (no cabría pensar, añadía con sorna, en la «tumba al marxista desconocido» o en el «monumento a los liberales caídos»). El nacionalismo en la Europa occidental reemplazó a la religión como vehículo que respondía de una manera imaginativa a los problemas y preocupaciones perennes en los seres humanos (la debilidad, la enfermedad, la soledad, el envejecimiento, la muerte); y, al igual que las religiones, estaba unido a un lenguaje sagrado compartido y a unos textos o manuscritos fundacionales.

Las naciones serían, según la original y afortunada expresión de Anderson –que ha sido repetida *ad nauseam* por los científicos sociales

posteriores–, «comunidades imaginadas», o imaginarias, entes sólo existentes en la mente de sus seguidores, que presentan a los grandes grupos humanos en los que el individuo está inmerso como «fraternidades» donde reina una cierta igualdad y camaradería interna a pesar de las distancias geográficas y las diferencias ideológicas o de clase social. Otra originalidad de Anderson era que retrotraía los orígenes de este sentimiento comunitario a la revolución técnica en los medios de comunicación que se inició con la imprenta y a las grandes conmociones derivadas de las guerras de religión. Fue entonces cuando se extendieron en grandes territorios europeos textos –biblias, al principio– escritos en una misma lengua, lo cual posibilitó la creación de nuevos espacios mucho más amplios que los anteriores con una homogeneidad cultural interna. De los textos religiosos, la imprenta pasó a difundir textos literarios, que también fomentaron la identificación colectiva con ciertos personajes y episodios imaginarios, y en épocas posteriores se difundieron mapas, imágenes, objetos de culto, libros de historia, que integraron la mente de los individuos en comunidades culturales a las que se llamó naciones y que fueron fomentadas por los estados, interesados en utilizarlas como legitimadoras de su autoridad.

Eric Hobsbawm, prominente representante de la historiografía marxista británica, reforzó poco después este giro en los estudios del nacionalismo con otro libro, también de gran impacto,[10] en el que comenzaba por afirmar que «la característica básica de la nación moderna y de todo lo relacionado con ella es su modernidad»; una modernidad que para él se iniciaba con la Revolución francesa y abarcaba los siglos XIX y XX. Hobsbawm no sólo negaba antigüedad a las naciones, sino que les negaba *realidad*: son «artefactos inventados», etéreos, imaginados, no entidades susceptibles de ser establecidas y analizadas a partir de factores objetivos, tales como la raza o la lengua. Para lo cual repasaba, una vez más, los diferentes criterios utilizados para fundamentar la existencia de naciones, y de nuevo concluía que jamás se encuentra uno que pueda ser aplicado a los distintos casos con un mínimo de rigor y generalidad; todos son «borrosos, cambiantes y ambiguos», y su aplicación conjunta (una sociedad que sea homogénea a la vez desde un punto de vista racial, lingüístico, religioso, con permanencia histórica, etc.) es un mero sueño.

Las naciones eran, por tanto, para Hobsbawm, construcciones artificiales, «utopías compensatorias» instrumentalizadas al servicio de fines políticos. Este último aspecto era el que más le interesaba. Por-

que, aunque estemos hablando de un fenómeno contemporáneo, su historia es ya suficientemente larga como para distinguir etapas en las que la nación ha servido a objetivos diferentes. Como buen racionalista y progresista, el historiador británico valoraba el nacionalismo en función de su adecuación a los ideales democratizadores, a su capacidad de integrar a sectores de población en la comunidad política: hubo, según él, un nacionalismo liberal, el del siglo XIX, cuando el principio nacional servía para ampliar mercados y abrir espacios políticos emancipados del absolutismo monárquico o de las ataduras feudales. En aquella etapa, los defensores o portadores del liberalismo nacional eran las élites ilustradas y las clases medias, que se hallaban en plena fase revolucionaria y creativa. La definición nacional, por entonces, no se basaba en la lengua ni en la raza, sino en la ciudadanía y en la participación en una cultura política. El principio de las nacionalidades, además, se veía rebajado por dos criterios o creencias que lo complementaban y limitaban su alcance: el requisito de un «umbral» o tamaño mínimo, basado en la suposición de que sólo podían funcionar naciones de considerable extensión, y su inserción en una visión progresista de la historia humana, que convertía a las naciones en un mero peldaño del ascenso histórico que terminaría en la unificación de toda la humanidad. Se trataba, por tanto, de un nacionalismo que tendía a ser expansivo políticamente –a ampliar los espacios políticos, en vez de dividirlos– y que reconocía y respetaba la pluralidad cultural humana. Todo lo cual permitía caracterizar el fenómeno como progresivo dentro del devenir histórico.

Pero todo cambió –continuaba Hobsbawm– entre 1870 y 1914. La pequeña burguesía, y no las clases medias ilustradas, se convirtió en la portaestandarte de la idea nacional, fomentada por gobiernos interesados en bloquear los derroteros igualitarios e incluso socializantes hacia los que se encaminaba el liberalismo democrático. Y la nación se estrechó, como correspondía a la mentalidad y los intereses de sus defensores. Su definición se vio entonces dominada por elementos raciales o lingüísticos, y en su defensa se distinguieron caudillos populistas que excitaron a las nuevas masas urbanas con sentimientos xenófobos, antiobreros y antisemitas. Las calles de las principales ciudades europeas se vieron inundadas por muchedumbres enfervorizadas que jaleaban a gobiernos enzarzados en una histérica competición por dominar imperialmente el mundo, y que aceptaban crédulamente cualquier calumnia sobre los extranjeros o sobre sus «enemigos interiores», es decir, sus

minorías culturales. Todo lo cual llevaría a las dos guerras mundiales y a los fascismos. A la vez, frente a los nacionalismos estatales surgieron los nacionalismos alternativos o secesionistas, que en su pugna por crear su propio espacio político acentuaron la cerrazón cultural frente al exterior y, por consiguiente, la intolerancia y una particular mezquindad provinciana.

Hobsbawm complementó este libro con otro, firmado junto con Ralph Samuel, dedicado a analizar la «invención de la tradición», la conmemoración del pasado en términos nacionales, un fenómeno típico de la Europa de finales del siglo XVIII a comienzos del XX.[11] Por «invención de la tradición» entendían, según sus propias palabras, «un conjunto de prácticas y de rituales de carácter simbólico, regidos por reglas expresas o por normas aceptadas tácitamente, cuyo objetivo es inculcar ciertos valores y normas de conducta por repetición, lo cual automáticamente supone continuidad con el pasado». Las funciones de este conjunto ritual son varias, todas ellas útiles para los gobernantes: se produce una cierta cohesión social en torno a un pasado imaginario, fortaleciendo así a la comunidad frente a la desintegración y la atomización propias de la modernidad; se socializa a las generaciones jóvenes en unas creencias, sistemas valorativos y códigos de conducta compartidos, que se suponen tradicionales de esa sociedad; y se refuerza la autoridad de las instituciones políticas actuales al convertirlas en herederas de otras cuyo origen se hunde en la noche de los tiempos. Los ejemplos preferidos de Hobsbawm y Samuel procedían de la historia británica del siglo XIX: la erección del Parlamento, en falso estilo gótico, y la institución de las ceremonias de la coronación.

Un término más que quedó consagrado en esta nueva visión de los nacionalismos fue el de la «nacionalización de las masas», procedente de una obra pionera de Georg Mosse que llevaba este título. Mosse había investigado en ella y expuesto con envidiable agudeza el proceso de nacionalización alemán del XIX que terminaría en el nazismo: el sentido de pertenencia a la comunidad se lograba, en ese caso, por medio de la participación en desfiles, manifestaciones y mítines o por la incorporación al paisaje urbano de monumentos patrióticos; toda una «participación» nada institucionalizada ni democrática, pero que satisfacía suficientemente al público al que iba destinada.[12]

Un proceso de nacionalización de masas, aunque no lo llamara así, fue también el que estudió Eugen Weber en Francia. Pese a que Francia suele presentarse como el caso de mayor «éxito» en términos de cons-

trucción de una fuerte identidad cultural por parte del Estado, Weber demostró que, desde los jacobinos durante la Gran Revolución hasta, sobre todo, los gobernantes de la Tercera República, el Estado consiguió convertir en «francesa» a una población antes definida sólo como «campesina», principalmente por medio de la educación pública y el servicio militar obligatorio.[13] Sobre el caso inglés elaboró un importante libro Linda Colley, en el que estudiaba la forja de la identidad británica a lo largo, sobre todo, del siglo XVIII, a partir del protestantismo, la insularidad y la rivalidad bélica con Francia.[14] Sobre ambos, Weber y Colley, volveremos en el segundo capítulo, al analizar los distintos casos europeos.

Los senderos abiertos por todos estos autores dieron lugar a un gran florecimiento de estudios en los años noventa. Especialmente original fue quizás el libro del estadounidense Michael Billig, *El nacionalismo banal*.[15] Tendemos a creer, sostenía este autor, que el nacionalismo es exótico, periférico, ajeno; al usar este término pensamos en figuras como Jean-Marie Le Pen o Slobodan Milosevic, que nos parecen ridículos o peligrosos. Pero hay un nacionalismo propio que nos pasa desapercibido y que tenemos tan interiorizado que no lo consideramos amenazador, sino tranquilizador e incluso gratificante. El nacionalismo, sin embargo, sigue presente en el occidente europeo, cuna del modelo del Estado-nación. No hace falta mencionar las guerras, el fascismo, el terrorismo o el separatismo. El nacionalismo sobrevive en los hábitos ideológicos que permiten a los estados establecidos reproducirse diariamente. La nación se introduce en los ciudadanos todos los días, de una manera inconsciente, como parte de su normalidad. La identidad no hay que buscarla en la mente de los individuos, sino en los símbolos diarios, en la calle: en el himno nacional que se canta en los acontecimientos deportivos, como la entrega de medallas de los Juegos Olímpicos; en la bandera nacional que cuelga del edificio de correos y a la que, en caso de que le prestemos atención, no consideraremos opresora ni vigilante. Es nacionalismo «banal»; no despierta pasiones. Pero banal no quiere decir benigno –termina Billig–; porque el nacionalismo, como Jano, tiene dos caras. Por un lado, cultiva una identidad primordial, que se presenta como antigua, familiar y protectora. Y por otro, se pone al servicio de una estructura política actual, moderna, que posee ejércitos y armamentos; y predispone a utilizarlos, es decir, ayuda psicológicamente a tomar decisiones bélicas. Lo cual, visto desde Estados Unidos, es un problema: porque en un mundo que

se cree globalizado, sujeto a unas normas racionales y pactadas, se recurre en último extremo para imponerlas al uso de la fuerza por parte de un Estado-gendarme, los Estados Unidos de América, que se apoya en una retórica y unas actitudes nacionales convencionales.

Otra obra de interés de finales de los noventa, claramente adscrita a la interpretación «modernista» de los nacionalismos y decidida a aplicarla a casos particulares, fue *La creación de las identidades nacionales*, de Anne-Marie Thiesse.[16] Esta historiadora francesa trabajó sobre la construcción cultural de las naciones en términos comparativos. Para ella, ha existido un modelo estándar –un «sistema IKEA»– de construcción de identidades nacionales, que permite diferentes montajes a partir de las mismas categorías básicas. La primera fase de esta construcción, y la parte inicial y más brillante de su libro, se dedica a lo que llama la «identificación de los antepasados». Para ello parte del caso de James Macpherson, el gran farsante escocés que en la segunda mitad del XVIII compuso una serie de poemas épicos, que dijo haber escuchado en lejanas islas del mar del Norte y traducido del gaélico, y presentó como obra de «Ossian, hijo de Fingal», un bardo que habría vivido en la antigüedad. La obra de Macpherson provocó el entusiasmo de los muy respetables ilustrados escoceses, quizás el mejor conjunto de mentes europeas del momento pero necesitados, por lo que se ve, de apoyos fantasiosos de este tipo para reivindicar su cultura frente al creciente predominio inglés. Thiesse rastrea en los sucesivos capítulos las imitaciones de aquella supuesta epopeya primitiva en Alemania, Francia, el mundo balcánico, el eslavo, el Imperio austrohúngaro y Escandinavia. En todas partes se encontraron héroes medievales cuya aparición coincidió con la emergencia de la lengua nacional (porque en la lengua, como explicaba en aquellos mismos años Herder, reside el genio de la nación) y que dieron lugar a cantares de gesta o a romances populares de innegable significado identitario; incluso hay casos en que los eruditos embarcados en la búsqueda de romances o cantares de gesta fueron subvencionados por potencias vecinas cuando éstas estaban interesadas en fomentar una conciencia nacional en el país (por ejemplo, en Bulgaria, donde los filólogos medievalistas recibieron el apoyo de los zares para fomentar el nacimiento de una identidad propia frente al Imperio otomano). Es lástima que Thiesse no dedique ningún apartado al caso español, porque sin duda hubiera podido incluir en su lista los trabajos de Ramón Menéndez Pidal sobre el romancero y, en especial, sobre el Cid Campeador.

El resto de la obra de Thiesse tiene menos originalidad, pero complementa su visión modernista o constructivista. En la construcción nacional, a la fase de la identificación de los antepasados sigue, según esta autora, la fijación del folclore y la conversión de este conjunto en «cultura de masas». Para ello estudia las exposiciones internacionales, los museos etnográficos, la artesanía, los sellos postales, los sistemas educativos, la popularización del deporte, el excursionismo, los parques nacionales, los llamamientos a reforzar la «virilidad» como dique contra la inmoralidad moderna y, finalmente, las campañas de limpieza étnica que alcanzaron su culminación con los regímenes fascistas y comunistas. De esta forma, la nación queda finalmente construida, tras un largo proceso comenzado por un puñado de individuos decididos a demostrar que la nación existe. Unos individuos que pertenecen a las élites creadoras y difusoras de productos culturales, pero que presentan su tarea como mero descubrimiento y exhibición de algo cuyo autor es un etéreo «pueblo».

Quedaban así establecidas las grandes líneas que habían dado un vuelco al estudio sobre los nacionalismos en la segunda mitad del siglo XX. La nueva manera de entender el problema, producto de todos estos trabajos, y asociada clásicamente a los nombres de Gellner, Anderson o Hobsbawm, fue llamada «modernista» o «constructivista», frente a la tradicional, catalogada como «etnicista» o «primordialista».

De la nueva manera de entender el fenómeno nacional atrajo especialmente el interés de los investigadores el proceso de «etnicización» de la *polity*, es decir, la difusión por parte del Estado de pautas culturales y lingüísticas oficiales entre sus ciudadanos. Todos recordaban la célebre observación del ministro Massimo D'Azeglio en 1870, al poco de haber conseguido completar la unidad italiana: «ya tenemos Italia; ahora hay que crear italianos». Este fue el programa, muchas veces explícito, de los gobernantes de los estados-nación nacidos en los siglos XIX y XX. Fuera de Europa, resultó fácil comprobar que así se planeó y se llevó a cabo en países recién descolonizados o de inmigrantes, como Argentina o Estados Unidos, donde todavía hoy se canta el himno nacional o se jura cada día la bandera en las escuelas primarias. La explicación era obvia: había que nacionalizar a los recién independizados o recién llegados. Pero lo raro, lo que realmente alteraba las presuposiciones comunes sobre la antigüedad de los pueblos, es que un proceso de nacionalización semejante se hubiera producido también en los estados europeos, muchos de ellos con profundas raíces en los si-

glos premodernos. La conclusión de aquellos estudios demostró, sin embargo, que en toda la Europa del XIX se inventaron banderas y fiestas nacionales, himnos patrios, ceremonias y ritos colectivos que reemplazaron a los viejos rituales regios, se crearon instituciones culturales que sustituían el adjetivo «real» por el de «nacional»... Sólo las entidades políticas que supieron llevar a cabo tal proceso con éxito consiguieron sobrevivir. Las que fueron incapaces de llevarlo a cabo –como el Imperio de los Habsburgo, el otomano o la república veneciana– desaparecieron, pese a poseer una existencia histórica pluricentenaria.

DEBATES SOBRE EL NUEVO PARADIGMA

El éxito de este nuevo enfoque sobre los problemas e identidades nacionales fue tan completo y fulgurante que dio lugar a toda una moda académica, acompañada de la inevitable carga de exageraciones, que en algunos casos rayaron en lo caricaturesco. Como una floración otoñal de setas, por todas partes aparecieron libros y artículos sobre «la invención de» tal o cual identidad o gesta histórica antes considerada natural o indiscutible.

Entre las posiciones más sofisticadas e imaginativas que se derivaron de la visión modernista habría que mencionar a la llamada escuela de los «estudios subalternos» o «poscoloniales». El más estimable de los autores de este grupo fue Partha Chatterjee, autor de *The Nation and its Fragments*, aparecido en 1993.[17] Poeta, historiador y politólogo indio, profesor de Columbia y Calcuta, Chatterjee ahondó en el planteamiento de Benedict Anderson, que aceptaba en lo fundamental, aunque se preguntaba si las «comunidades imaginadas» surgidas en el mundo colonial eran meras réplicas del modelo europeo. Sobre este último punto, su respuesta era negativa. La nación poscolonial no fue una mera imitación del patrón europeo, porque tal cosa significaría creer que incluso la imaginación de los sometidos había sido colonizada. Europa sería, en ese caso, la creadora del modelo opresor y también la del modelo liberador. Frente a ello, Chatterjee defendía que el nacionalismo anticolonial fue distinto al europeo. La nación clásica habría sido, según él, una invención de las élites dominantes para excluir a los grupos sometidos o marginados, como los colonizados, desde luego, pero también los campesinos o las mujeres. Su discurso había girado alrededor de ejes conceptuales como «civilización» y «modernidad»,

creaciones al servicio de la dominación. La nación, el Estado, la modernidad, el progreso, todas ellas serían, para este autor, categorías urbanas, machistas y eurocéntricas, que excluyen a los dominados. La visión anticolonial, en cambio, inició su travesía dividiendo el mundo de la cultura en dos partes: la «material», que incluía la economía, la ciencia y el poder estatal, en la que no se cuestionaba la superioridad europea; y la «espiritual», referida a las religiones, las castas, los géneros, la familia y el mundo rural. Estos últimos terrenos, en los que los asiáticos se consideraron superiores, fueron los utilizados para construir su identidad.

Por esta vía de análisis del «canon narrativo nacional» se internó en esos mismos años Homi Bhabha, profesor de literatura, igualmente indio, pero integrado también en el mundo académico angloamericano. En su *Nation and Narration*, de 1990, analizó distintas «narrativas nacionales» a partir de autores europeos, americanos y asiáticos. Desde una perspectiva posestructuralista y posmoderna, Bhabha definía la nación como un mero «acto narrativo», alrededor de un «pueblo», constante protagonista del relato, que «progresa» hasta convertirse en ente independiente y plenamente realizado. Pero la narrativa siempre es ambivalente, siempre puede ser «deconstruida» y encontrar en ella la doble cara de Jano, infinitamente compleja, compuesta por hibridaciones y camuflajes. Lo esencial es explicar los mitos o «ficciones fundacionales» para averiguar cuándo se convierte un grupo humano en «pueblo»; normalmente, cuando se construye contra un «otro», sea ése el colonizado o el colonizador, según las perspectivas. Lacan, Derrida o Foucault campan por sus respetos en los escritos de Bhabha. La prosa de este autor es tan densa y de difícil comprensión que le hizo ganar, en el mundo académico americano, un premio en la «Bad Writing Competition».[18]

Como era de esperar, éstos y otros excesos sirvieron de pretexto para una reacción contra los nuevos planteamientos sobre naciones y nacionalismos, que obviamente contradecían los estereotipos reinantes hasta entonces –el llamado «sentido común»; en este caso, la visión nacionalista del mundo, indiscutible hasta poco antes–.

Las primeras distancias frente a la nueva visión de las naciones llegaron quizás del campo de los politólogos. Todo lo escrito sobre estos temas era demasiado socio-cultural y relegaba a un segundo lugar los aspectos políticos, una carencia que fue suplida, principalmente, por John Breuilly y Charles Tilly. El primero, historiador y politólogo bri-

tánico, especializado en Alemania, publicó un importante libro en 1982, *Nationalism and the State*, donde establecía desde el principio que «el nacionalismo es una forma de hacer política» y que, por tanto, era necesario llegar a una visión global de las políticas seguidas por los movimientos nacionalistas. Partía de tres presupuestos muy sensatos: que la existencia de la nación, con sus rasgos culturales propios, es el punto de partida indiscutible para los nacionalistas; que los intereses de esta nación son anteriores y superiores a cualquier otro; y que la nación debe alcanzar el mayor grado de autogobierno posible, culminando en la independencia. A partir de estos presupuestos, hacía una especie de «historia comparativa», que conducía a una tipología de los nacionalismos según sus objetivos políticos: distinguía, entre otras categorías, nacionalismos unificadores (Alemania, Italia), separatistas (húngaros, checos, rumanos, serbios, griegos, búlgaros), anticoloniales (Kenia, India), modernizadores (China, Japón, Turquía), panafricanismos y panarabismos…[19]

Charles Tilly, politólogo, sociólogo e historiador que nunca trabajó directamente sobre el fenómeno del nacionalismo, sino sobre la movilización social y la construcción de los estados, entendió que la forma política de mayor éxito en el mundo moderno era el Estado-nación (o el «Estado consolidado», como él prefiere llamarlo, «un poder amplio y especializado sobre territorios heterogéneos a cuyos ciudadanos se impone un sistema unitario fiscal, monetario, judicial, legislativo, militar y cultural»).[20] En su conocida línea weberiana,[21] su punto de partida era la constatación de que los estados europeos habían sobrevivido, o se habían expandido, por medio de la guerra. Y hacer la guerra con éxito requiere acumular recursos por parte del Estado, sean económicos o coercitivos. Los centros de poder son focos de concentración de capital o de coerción: de lo primero serían buen ejemplo Venecia o las ciudades del norte de Italia, que acumulaban capital y compraban con él a mercenarios su defensa militar; la monarquía castellano-aragonesa, en cambio, sería el caso opuesto («intensiva en coerción»). Los centros de poder, embriones de estados, que se revelaron incapaces para concentrar suficiente cantidad de capital o coerción perecieron a manos de sus rivales. El éxito sin precedentes del Estado-nación se derivó de su capacidad de acumular y de combinar recursos y de la innovadora formación de ejércitos y flotas permanentes, reclutados entre, y financiados por, la población que caía dentro de su jurisdicción. De esta forma se impuso sobre otras organizaciones territoriales a veces

más ricas y más desarrolladas culturalmente (como las monarquías francesa y española se impusieron sobre las ciudades-Estado italianas).

Para Tilly, por tanto, los estados modernos han intentado acumular la mayor cantidad posible de recursos, para lo cual han formado y sostenido una burocracia encargada de controlar la población y recaudar impuestos. La necesidad de mantener y expandir los ejércitos obligó, a su vez, a crear la noción de ciudadanía (basada en deberes que posteriormente condujeron a derechos), a fomentar un discurso patriótico que orientara la lealtad primordial hacia el Estado, desviándola de las lealtades locales o estamentales y a una mayor homogeneización y asimilación cultural de grandes áreas. Lo que demostró que el discurso legitimador es también un recurso; y el Estado moderno hizo girar ese discurso alrededor del patriotismo, sinónimo de nacionalismo. La cultura fue una forma de asegurar los sistemas de control sobre las actividades y recursos de sus súbditos. El poder se identificó con una tradición lingüística, artística e histórica, la que tenía más cercana o le resultaba más funcional, a la que otorgó prioridad sobre las restantes culturas existentes dentro del territorio que dominaba; y puso el sistema educativo, las subvenciones públicas, las instituciones culturales y los símbolos colectivos al servicio de esa cultura oficial o nacional.

El nacionalismo tiene así un doble efecto: por un lado, homogeneiza la sociedad hasta proporciones hasta entonces desconocidas, al imponer una lengua, cultura, sistema educativo y, en definitiva, una identidad, uniformes; por otro, relegitima el Estado debido precisamente a la existencia de esa cultura homogénea que integra a la población. Pero este segundo aspecto conduce a una consecuencia contradictoria con el primero: dado que el poder del Estado se ha incrementado de forma espectacular en los últimos siglos de la historia europea y que verse excluidas de tal poder representa una desventaja muy superior a lo que había significado en épocas anteriores, las élites políticas, económicas o culturales de las culturas minoritarias o periféricas no se conforman ya con su anterior posición de *brokers* o intermediarios, sino que reclaman un trozo del pastel estatal, o un pastel completo para ellos solos. De ahí que, frente al nacionalismo dirigido por el Estado (al que Tilly llama *state-led nationalism*), surjan los nacionalismos secesionistas, o aspirantes a crear un Estado *(state-seeking nationalisms)*. El principio de la correspondencia entre un «pueblo» y un poder político proporciona tales ventajas al grupo que controla ese poder (y lleva a tales esfuerzos de asimilación e intolerancia respecto de las culturas minorita-

rias) que da lugar a la movilización contra el mismo por parte de minorías culturales excluidas de esas ventajas. Así, el *state-led nationalism* generó los *state-seeking nationalisms*.

El planteamiento de Tilly no era quizás muy innovador, pero era claro y potente, y con terminología muy precisa, especialmente aplicable a los fenómenos revolucionarios o de movilización social. Aunque la unilinealidad del esquema deja al margen, como suele ocurrir en este autor, fenómenos culturales y simbólicos complejos; y se aplica con dificultad a casos particulares, como demuestran las decepcionantes páginas que dedica a España. En todo caso, a los efectos que aquí interesan, con la referencia a Breuilly y Tilly cerraré esta lista de autores, ya demasiado larga, porque fueron ellos quienes insistieron, con razón, en la importancia de los factores políticos junto con los culturales –objeto, hasta entonces, de la atención principal de la mayoría de los estudiosos– en todo proceso de nacionalización.

Otras advertencias y cautelas sobre la nueva visión de los nacionalismos vinieron sobre todo de la mano de historiadores especializados en épocas anteriores a la contemporánea. Especial interés tuvieron las obras de Hugh Seton-Watson y John Armstrong, que plantearon la cuestión de las raíces premodernas de las naciones.[22] Seton-Watson, reputado historiador británico, destacó la importancia de las *old continuous nations* en Europa: no todo era «moderno» (contemporáneo, diríamos en español) en el nacionalismo; no todo eran unidades políticas formadas en el siglo XIX a partir del *Zollverein* o de las doctrinas de Giuseppe Mazzini; también existían las viejas monarquías europeas que, tras un largo proceso, acabaron adaptándose al formato del Estado-nación. Este autor incluyó en su análisis factores culturales, como la religión o la lengua; económicos, como la ampliación de mercados; y sociales, como las movilizaciones de protesta; pero sobre todo destacó los aspectos políticos, como el desarrollo de las monarquías, especialmente importante en los casos inglés o francés, modelos paradigmáticos de las naciones europeas. Armstrong, por su parte, en un recorrido de impresionante amplitud, se preguntó también por las raíces premodernas de las identidades nacionales, comparando las ciudades bajo-medievales de base comercial con las nuevas monarquías militarizadas o las culturas sedentarias (como la cristiana europea), frente a las nómadas (el Islam). De especial interés para el caso ibérico es su atención a las peculiaridades de aquellas sociedades que son *antemurale* o frontera defensiva frente a otra religión u otro mundo cultural radicalmente distintos.

La reacción de estos historiadores fue muy saludable y es inevitable tener presente, a partir de ella, que sin duda puede hablarse de «naciones» desde la Edad Moderna temprana, siempre que por el término nación entendamos identidad étnica, sin pretensión de ser políticamente soberana. Y que al nacionalismo moderno sólo se le puede aplicar el término «invención» con la condición de que no se considere equivalente a producir algo de la nada, sino a construir sobre sentimientos y elementos culturales preexistentes.

Una posición relativamente crítica frente al «modernismo» y cercana al «primordialismo» ha sido defendida, entre los mejores científicos sociales expertos en nacionalismo, por el británico Anthony D. Smith, que defiende lo que él llama «etnosimbolismo» (nombre al que a veces añade el adjetivo «histórico»). Smith se distancia de los modernistas, a los que llama «gastrónomos», capaces de combinar diversos elementos para crear naciones de la nada. Según él, no comprenden que «lo que da al nacionalismo su poder», la base sobre la que se crean las naciones, son «los mitos, las memorias, tradiciones y símbolos del legado étnico, y las formas en las que un pasado vivido popularmente ha sido, y puede ser, redescubierto y reinterpretado por las modernas élites intelectuales nacionalistas».[23] A partir sobre todo de los ejemplos francés e inglés, Smith insiste en la antigüedad de las naciones y su continuidad histórica. Pero a la vez evita caer en el «perennialismo» (como llama él a lo que la mayoría denomina «primordialismo»), es decir, en la creencia de que el fenómeno nacional es algo constante y natural, que puede ser descubierto como los restos geológicos, levantando capas o estratos históricos.[24] Frente a esto, coincide con el enfoque modernista en que las naciones no son naturales, sino que han sido construidas en tiempos relativamente recientes.

Smith cree, por tanto, que las naciones modernas han sido «construidas», en los términos propuestos por Gellner o Hobsbawm, ya que la memoria étnica, las tradiciones, están siendo constantemente reelaboradas. Pero defiende la realidad y continuidad de los grupos étnicos (para los que acuña el neologismo inglés *ethnies*), cuya persistencia puede ser muy larga en el tiempo. Estas etnias se definen, para él, por cinco rasgos: nombre colectivo, mito de ascendencia común, historia y cultura compartidas, conciencia de solidaridad y asociación con un territorio en el que creen hallarse establecidos desde hace tiempo.[25] Por otra parte, Smith defiende la existencia de naciones y estados nacionales premodernos y sólo cree aplicables las teorías «modernistas» a las

naciones creadas por los movimientos nacionalistas de los siglos XIX y XX. Sus posiciones han ido evolucionando con los años, acercándose cada vez más al primordialismo.

En esta vía ha insistido también Josep Llobera, antropólogo de origen catalán, nacido en La Habana, y que ha trabajado durante la mayor parte de su vida en Inglaterra. Llobera niega que el nacionalismo sea un fenómeno exclusivamente moderno, aunque a la vez admite que ciertos factores ligados a la modernidad, como el capitalismo o el surgimiento del Estado, han forjado un tipo específico de nacionalismo moderno. Su tesis principal consiste en defender la existencia de «realidades nacionales» y «patriotismos» muy antiguos –en el caso europeo, que es en el que se centra, desde la Edad Media–, que sólo pueden explicarse en términos de *longue durée*. Se opone, por tanto, a Gellner, Hobsbawm y el resto de los «modernistas», en este aspecto. Pero no niega que con la modernidad surge un nuevo tipo de nacionalismo, ligado a los estados-nación, cuya intención es homogeneizar culturalmente la sociedad que dominan. Y para analizar este segundo tipo de fenómenos comparte las tesis de los modernistas, aunque insiste en que todo lo construido en tiempos modernos se apoya en tradiciones culturales preexistentes.[26]

Ni Smith ni Llobera rechazan, por tanto, frontalmente las tesis «modernistas». Lo que hacen es distinguir entre nacionalismos modernos y fenómenos mucho más antiguos, como las «etnias» –Smith–, las «tradiciones culturales» o los «patriotismos» –Llobera–. Vistas así, sus posiciones son compatibles con la nueva visión modernista. La principal diferencia sería que lo que ellos llaman nacionalismos no son sino patriotismos étnicos, pues no se apoyan en la afirmación de la soberanía colectiva de esas etnias sobre un cierto territorio, fenómeno característico y exclusivo del nacionalismo moderno.

Las reacciones más abiertamente opuestas a las teorías modernistas han corrido a cargo de Adrian Hastings y, en tiempos más recientes, de Azar Gat. Hastings, sacerdote católico británico dedicado en los años cincuenta y sesenta a funciones misionales en África, enseñó más tarde sobre temas religiosos en diversas universidades británicas y africanas. Publicó su *The Construction of Nationhood* en 1996, escrito explícitamente como una respuesta a Hobsbawm.[27] Este último autor es para Hastings el paradigma de la explicación modernista de los nacionalismos, que subestima gravemente, en su opinión, el papel de la religión en la construcción de las naciones europeas. La religión, y específica-

mente la judeo-cristiana, aporta a la idea nacional la noción de «pueblo elegido» en conexión, además, con un territorio que le ha sido asignado por la divinidad. Es, por tanto, en la Biblia donde se encuentra, según este autor, el modelo originario para la idea nacional. Sin embargo, y de forma no del todo coherente, Hastings cree que la nación prototípica de la historia –imitada más tarde por todos los demás estados y grupos étnicos– fue Inglaterra, cuyos orígenes remonta al siglo IX. En todo caso, propone abandonar la conexión entre nación y modernidad si se quiere avanzar en la comprensión de este tipo de fenómenos. Su libro rema, por tanto, en dirección opuesta a la corriente dominante en estos terrenos, si bien contiene ideas interesantes, como la extensión de la literatura oral como medio para crear la autoimagen colectiva.

Esta reacción contra las tesis modernistas ha sido llevada al extremo por Azar Gat, historiador militar israelí que ha hecho una incursión por este campo defendiendo un primordialismo radical. A partir de una posición general favorable a la existencia e importancia de las identidades culturales (con afirmaciones que podrían ser compartidas por cualquiera, como que «la identidad, la solidaridad y la cooperación entre gentes que comparten cultura y parentesco […] posee una honda raigambre en la psique humana»), equipara con excesiva soltura estas identidades a las naciones, con lo que concluye que el fenómeno nacional no sólo es antiguo sino constante en la historia humana. Para él, prácticamente cualquier formación política es «nacional» si en ella se da «alguna relación», «una congruencia aproximada», entre rasgos étnicos y estructuras de poder. Y como la vinculación entre etnias y poder político ha sido «la situación en todo el mundo desde la aparición de los estados hace milenios», concluye que «el Estado nacional es tan antiguo como el Estado mismo». Definidos de esta manera tan laxa, los estados nacionales han existido «desde hace milenios», «desde los albores de la historia», y además «en todo el planeta». Dado que «un grupo étnico dominante» controlaba los resortes de poder, Gat llama «estados nacionales» a la cultura sumeria, al Egipto faraónico, al Imperio mongol o al turco; Y, desde luego, a las monarquías dinásticas europeas. Cualquier sentimiento étnico –el de los yanomamis, por ejemplo– es equiparable a la identidad de los alemanes de la época de Hitler.[28]

Para sostener una tesis tan radical, se ve obligado a caricaturizar, por un lado, la explicación modernista. Dice, por ejemplo, que para

Gellner o Hobsbawm las naciones son un fenómeno «reciente y superficial», y que creen «irrelevantes» los rasgos étnicos.[29] Distorsiona, por otro, los datos históricos conocidos, negando que para la construcción nacional haya sido importante la alfabetización, pues el campesinado analfabeto adquirió su identidad cultural a través de la religión. O defiende, contra toda evidencia, que el pueblo participó intensa y voluntariamente en los conflictos prenacionales de los siglos XVI-XVIII: el pueblo, «subordinado en lo económico, lo social y lo político», se identificaba sin embargo con su colectivo etnonacional a la hora de hacer frente a los forasteros»; fue «el pueblo» quien acaudilló las revoluciones inglesa, estadounidense o francesa, o la sublevación catalana de 1640; «el Estado podía confiar normalmente en la lealtad de sus súbditos ante la amenaza de un invasor extranjero».[30] Otras afirmaciones que lanza, y que difícilmente aceptaría un historiador serio, son que en Europa apenas había diversidad dialectal o que los monarcas nacidos fueran del país eran excepcionales. Por último, menciona mil antecedentes de «naciones» existentes desde tiempos remotos que han llegado hasta hoy (serbios, croatas, búlgaros, húngaros), pero olvida la cantidad infinitamente superior de identidades que no han sobrevivido.[31] Sólo le interesa la continuidad.

Podría resumirse la crítica a la posición de Gat diciendo que, tal como se manejan los conceptos actualmente, tergiversa dos términos esenciales: llama «Estado» a cualquier sistema de poder y «nación» a cualquier grupo con rasgos culturales o étnicos compartidos. Con lo que considera «Estado nacional» a toda estructura de poder marcada por algún elemento étnico, aunque éste se reduzca a la cúspide, sin intención alguna de homogeneizar culturalmente al conjunto de la sociedad ni mucho menos de declarar a ese conjunto sujeto de la soberanía. Le basta con que haya «un pueblo o etnia dominante» que tenga «la sartén por el mango», cosa que ocurre en cualquier imperio.[32] Gat no es, en fin, un intelectual que intenta comprender un problema, sino un abogado de la causa nacionalista.

En resumen, el enfoque modernista del nacionalismo no ha sido aún cuestionado seriamente. Las críticas aparecidas tienden a caer sospechosamente cerca del esencialismo y sus tesis son aplaudidas, naturalmente, por los nacionalistas militantes. Con las rectificaciones aportadas por los historiadores modernistas, y sin olvidar las observaciones de Smith y Llobera, el giro sigue siendo defendible. Aunque no vendría mal cambiarlo de nombre y llamar a la nueva manera de entender los fenómenos

nacionales «historicista», en lugar de «modernista», «constructivista» o «instrumentalista» (este último adjetivo, sobre todo, rechazable porque da a entender que es maniobra consciente y conspiratoria). Y contraponerla con la anterior concepción de estos fenómenos, a la que convendrían adjetivos como «esencialista», «naturalista» o «perennialista» (adjetivo, este último, propuesto por Anthony D. Smith).

Reducido a su idea esencial, la clave del giro intelectual en la comprensión de las naciones y los nacionalismos es que éstos no son fenómenos naturales, sino creación de la historia. Que sean creaciones tan recientes como algunos modernistas han defendido o haya que insistir más en sus antecedentes culturales (cuando la cuestión no tenía tanta carga política) son cuestiones más discutibles. Los modernistas han podido exagerar lo reciente de la «invención» de ciertos rasgos culturales. Pero el nuevo significado que dieron a la nación las revoluciones liberales, el hecho de hacer a la colectividad soberana y el establecimiento de la igualdad entre sus miembros, la conversión de la lealtad a la nación en el principio legal y el anclaje ideológico supremo, imprimió un cambio esencial a las identidades políticas. La nación triunfó sobre cualquier otra identidad colectiva y se permitió homogeneizar y desarraigar culturas minoritarias.